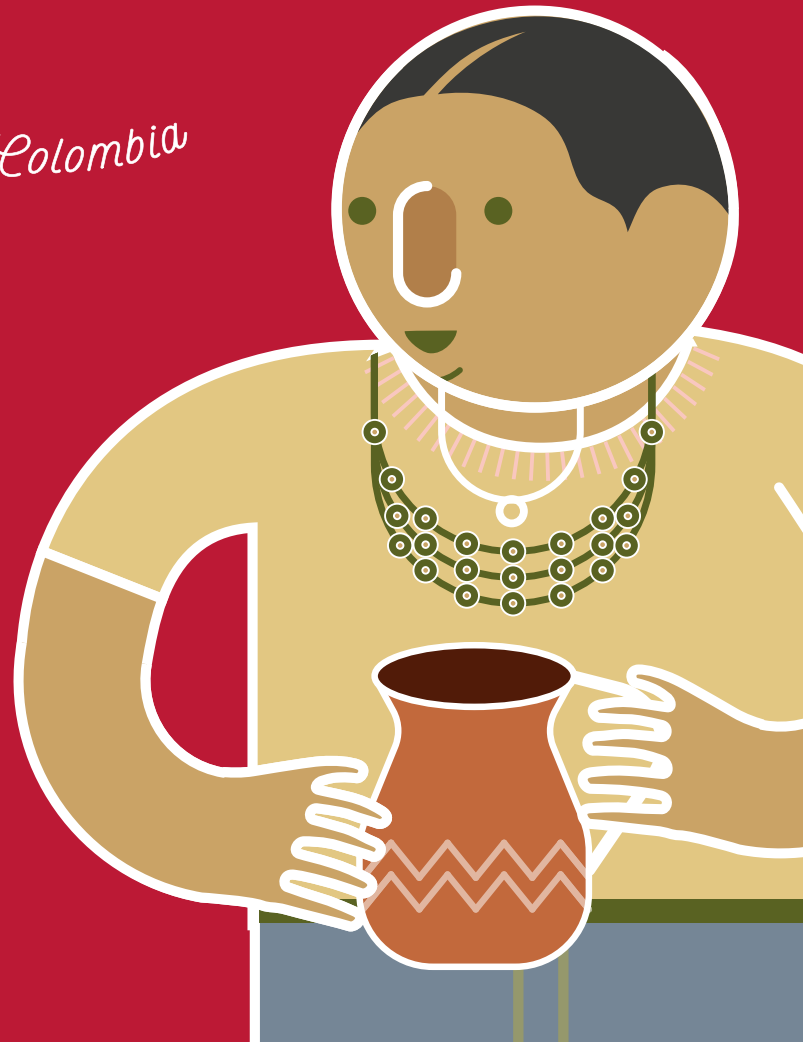
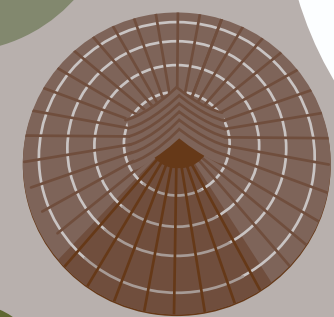


Cocinando la Paz

con los pueblos indígenas de Colombia

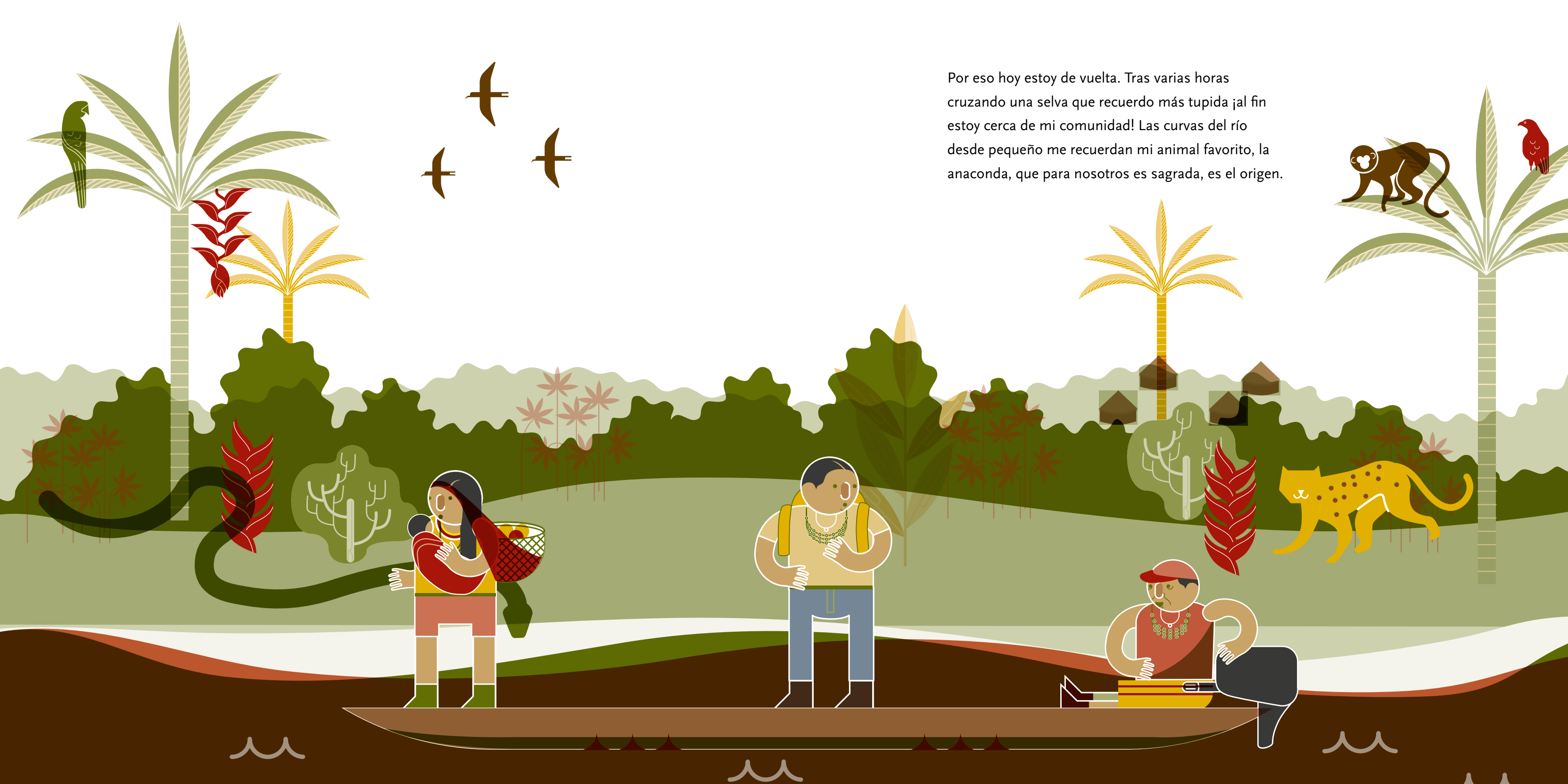


Desde que nací, don Alirio, el chamán de mi comunidad, le dijo a mi madre que mi destino estaría marcado por los viajes. Mi madre aceptó estas palabras sin preguntar, pues sabía que él siempre tenía razón en lo que decía.



Hoy estoy de vuelta en mi comunidad después de conocer muchas partes del país. Primero estuve por años en Mitú, ayudando a un tío a hacer mambe con nuestra sagrada hoja de coca. Luego me fui a Villavicencio a trabajar en una finca, pero muchos paisanos me aconsejaron que estudiara y así lo decidí. Aunque al comienzo me costaba leer en español porque no estaba acostumbrado, leí mucho, le fui cogiendo el gusto y me di cuenta de que quería ser profe: nada como regresar a mi comunidad con el alma llena de historias a fomentar una educación intercultural y bilingüe que nos permita fortalecer nuestra identidad.





Por eso hoy estoy de vuelta. Tras varias horas cruzando una selva que recuerdo más tupida ¡al fin estoy cerca de mi comunidad! Las curvas del río desde pequeño me recuerdan mi animal favorito, la anaconda, que para nosotros es sagrada, es el origen.

Entre todas estas emociones y recuerdos, no me doy cuenta de que el «peque peque» (motorcito) ha dejado de sonar, y que la canoa ya está en la orilla arenosa donde empieza mi comunidad.



Por el olor ahumado reconozco que están alistando una buena comida. Recuerdo ese casabe delicioso que día a día nos hacían mi madre y mi abuela para alimentarnos antes de ir a la escuela. Me muero de ganas por probar ya esos manjares de mi selva.



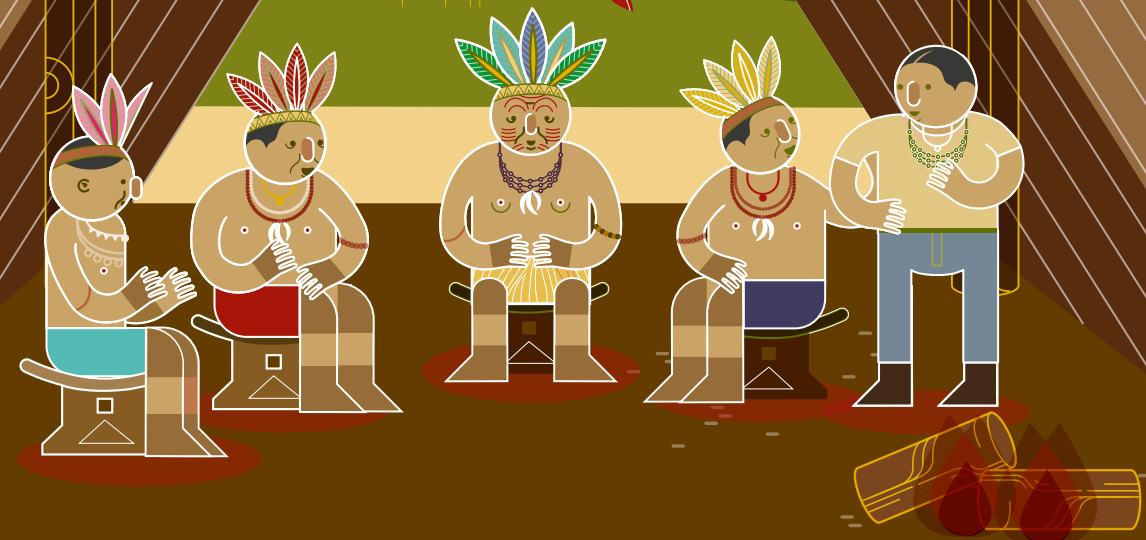
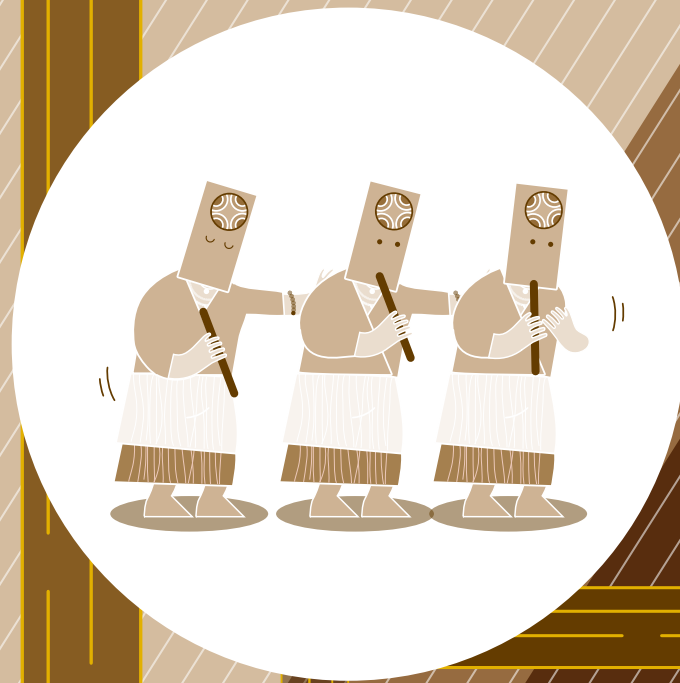
De repente, veo a mis padres y a don Alirio, el gran chamán, mi guía espiritual. No puedo creerlo, es un honor verlos de nuevo. Don Alirio me dice que me espera después de la comida en la maloca. En pocos minutos, mi llegada se vuelve un acontecimiento y todos salen a saludarme. El corazón se me acelera entre la gente, el ritmo de la selva y el susurro del río que recorre mis venas.



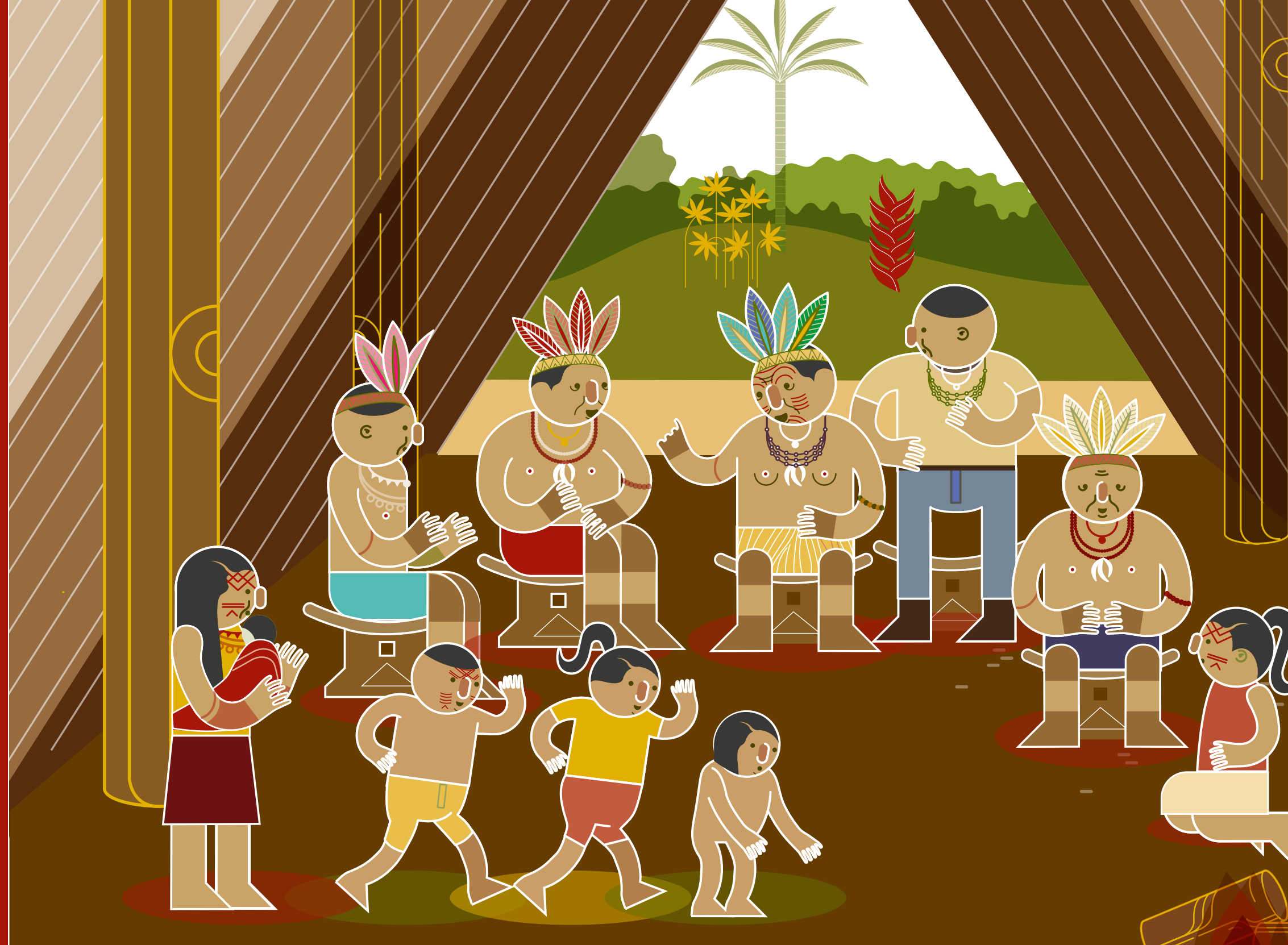


Al llegar a casa, abrazo a mis abuelos y hermanos, y un montón de recuerdos me ponen nostálgico. Pero apenas me brindan una chichita con carne de monte, pescado moqueado y casabe, me vuelve la felicidad de estar allí otra vez.

No alcanzo a terminar porque tengo que ir a la maloca a verme con don Alirio, así que le digo a mi mamá que me guarde esas delicias: me las comeré al final del día con el caldo que me va a preparar. Al llegar a la maloca, veo a don Alirio y a varios paisanos, e inmediatamente vienen a mi mente las imágenes del Yuruparí. Recuerdo el sonido de las flautas y esos momentos fascinantes que viví con varios de ellos. Los saludo emocionado. Ellos me cuentan que algo han oído del Acuerdo de Paz, y que están muy interesados en participar para cuidar lo que les pertenece. Sienten la necesidad de un guía de aquí que piense bonito y que haya salido a conocer para volver a apoyarnos en la defensa del territorio. Y todos concuerdan en que mi llegada no es una coincidencia.



De un momento a otro, llegan varios niños y jóvenes. Don Alirio los saluda y les cuenta que vamos a conversar sobre nuestro papel en el Proceso de Paz. Me presenta como el profe José: alguien que nació aquí y cuyo destino estuvo marcado para moverse por el país y traer conocimientos que permitan mantener nuestra tradición, pero a la luz de una nueva mirada: un árbol fuerte tiene raíces profundas en su tierra y muchas ramas para ver el mundo desde otros lugares.



Don Alirio pide que me concentre en explicarles sobre los espacios de participación que el Acuerdo de Paz les abre a los indígenas. Les cuento, primero, que el nombre oficial es Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, y que por eso es tan importante la participación, porque está en manos de todos hacer parte de este proceso que hasta ahora comienza y que nos hará mucho bien. Tomo un palo y escribo en la tierra: «participación», «Consejos de Paz, Reconciliación y Convivencia», «veedurías», «Instancia Especial de Alto Nivel con Pueblos Étnicos» (IEANPE) y «radios comunitarias». Les pido que las recuerden y les aclaro que estos son solo algunos espacios de participación, pero que son muy importantes para nosotros y que los demás se los explicaré con calma en otro momento.

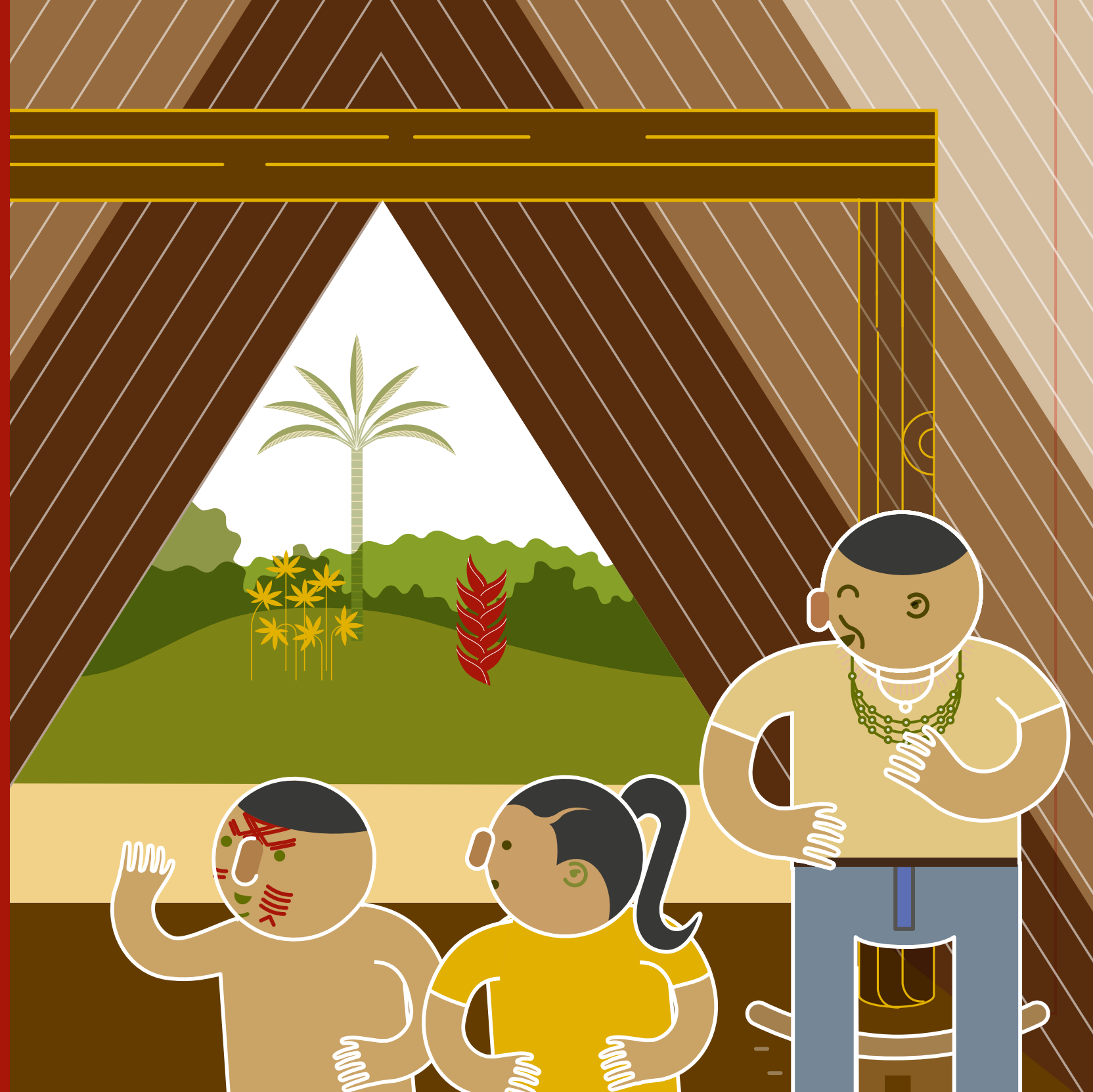




El capitán de la comunidad toma la palabra y dice que la participación es algo fundamental, es un poder. Explica que el Gobierno no puede aprobar ninguna norma o proyecto que se vaya a hacer en sus territorios —y que pueda afectarlos— sin antes consultarles a ellos si se puede o no hacer y cómo hacerlo, de acuerdo con sus costumbres, así como con los beneficios o riesgos que pueda traer. Y que, además, como los indígenas tenemos formas distintas de llevar la vida, los espacios de participación que se abran deben tener representación indígena para que tengan en cuenta nuestros pensamientos y cultura.

Les digo que todo lo dicho por el capitán también debe tenerse en cuenta para el desarrollo de los Acuerdos de Paz, sobre todo lo de la Consulta Previa. Les pregunto si tienen alguna duda y un chico me dice que nunca ha oído eso de «Instancia». Que si no fue que me equivoqué y lo que quise escribir es «distancia», porque ellos sí están muy lejos de la ciudad.

Soltamos una carcajada, y les aclaro que la palabra sí es «Instancia». Les digo que la Instancia Especial de Alto Nivel con Pueblos Étnicos (IEANPE) es un comité, un grupo de representantes de las organizaciones de los pueblos indígenas, afrocolombianos, raizales, palenqueros y rom, cuyas funciones más importantes son: hacer recomendaciones y asesorar en temas étnicos a la Comisión de Seguimiento Impulso y Verificación a la Implementación del Acuerdo Final (CSIVI) —que está conformada por delegados de las FARC y del Gobierno en cabeza del Alto Comisionado para la Paz, el Alto Consejero para el Posconflicto y el Ministro del Interior— y hacerle seguimiento a la implementación del Capítulo Étnico.





Una joven mamá me pregunta si eso significa que la Mesa Permanente de Concertación (MPC) y las demás mesas regionales donde se debaten los asuntos con los pueblos indígenas van a ser reemplazadas por esa Instancia. Les aclaro que no, porque la Instancia solo es asesora de esa comisión llamada CSIVI, que se limita a trabajar sobre los temas del Capítulo Étnico del Acuerdo y que no tiene ninguna función de concertar, porque para eso están la MPC y los demás espacios nombrados. Cuando me preguntan cómo acceder a esta Instancia, les cuento que quienes la conforman deberán ponerse en contacto con las demás organizaciones étnicas del país, para registrar nuestras dudas, reportar avances del Acuerdo y escuchar nuestras recomendaciones para llevarlas a la CSIVI. Aclaro que, en esta primera oportunidad, las organizaciones étnicas que estuvieron en La Habana proponiendo el Capítulo Étnico son las que componen esa Instancia, por ser quienes más conocen el Acuerdo de Paz. Pero, cada dos años, todas las organizaciones étnicas deberán elegir nuevos delegados de la Instancia, incluidas mujeres como ella.

Otra chica más joven y extrovertida pregunta medio enojada: «¿Veedu... qué? Esa palabra está muy difícil, profe». Les pido a todos, entonces, que repitan la palabra conmigo, y lo hacen entre risas: «ve-e-du-rí-a», «ve-e-du-rí-a». Les cuento que esa palabra viene de «ver», y que precisamente es un grupo de personas que se encargan de «ver» si el Gobierno, y también los miembros de esa Instancia, cumplen con sus tareas. Les aclaro, además, que el Acuerdo promueve que se creen veedurías en departamentos y municipios, y que estas cuenten con representantes indígenas para cuidar que se cumpla el Capítulo Étnico del Acuerdo y que la plata se use en lo que es.



Ve·e·du·rí·a



Un primo de repente grita: «¿Consejos de Paz, Reconciliación y Convivencia? ¿Es que estamos de pelea?» Les digo que no y empiezo a dibujar círculos en la tierra mientras les explico que son una especie de grupos divididos en un Consejo Nacional, treinta y dos consejos departamentales y muchos otros municipales, cuya función principal es asesorar la creación de una política de reconciliación, convivencia y no estigmatización: es hora de que en este país aprendamos a vivir juntos, a respetar nuestras diferencias y a fomentar una cultura de paz. Les cuento que los consejos tienen representantes de diversos grupos, desde mujeres hasta sectores económicos, pasando por iglesias, indígenas, afros, agricultores y pescadores, víctimas, jóvenes, miembros del sector cultural, de las artes y ambientalistas, por solo nombrarles algunos; y añadido que todos juntos deben proponer iniciativas y proyectos relacionados con la convivencia y la paz en los territorios, y asesorar a la gobernación y a las alcaldías en estos temas.



Don Alirio me interrumpe y les dice que es como la sabiduría de la naturaleza: hay plantas de colores, olores y tamaños distintos; unas saben amargo, otras son más dulces, otras pican y cada una tiene dones particulares para darnos, entre todas, equilibrio y bienestar. Así también funciona el universo, nos cuenta emocionado, porque aquí vivimos nosotros; pero muy cerca, así no las veamos, habitan otras personas, y debemos ponernos de acuerdo sobre cómo convivir y cuidar nuestra madre tierra, porque esa sí es la misma para todos y no podemos dejar que se acabe. Por eso, es importante que participemos en esos Consejos.



Un último joven se levanta entusiasmado y se pone a bailar mientras pregunta: «¿Al fin podremos tener nuestra propia emisora comunitaria?!». Todos nos reímos, así que aprovecho para preguntarles primero qué creen ellos que tiene que ver participación con la radio. Se quedan todos silenciosos, así que les explico que la radio permite comunicar información, y que la información hace que tengamos más claridad para tomar mejores decisiones y para participar. Por eso, dicen que la información para la participación es poder, y un medio para acceder a la información, y también para comunicar lo que pensamos, son las radios comunitarias.



En ese momento veo un brillo especial en los ojos de todos. Continúo diciéndoles que por eso es tan poderoso que el Acuerdo de Paz diga que se promoverán las radios, que se crearán emisoras comunitarias en territorios étnicos y que estas serán manejadas por las mismas comunidades. Don Alirio, emocionado y con la misma mirada que los niños, les cuenta que con esta emisora no solo se enterarán de lo que pasa en otras zonas y comunidades, sino que también podrán conocer y difundir más historias propias y de sus ancestros.





Para terminar, les digo que no se olviden de sus raíces, que yo desde que nací, entre viajes y más viajes, nunca olvidé de donde soy, y me siento muy orgulloso de ser indígena. Por eso, decidí regresar, para aportar a mi comunidad. En ese momento, mientras todos se abalanzan a abrazarme se me derraman lágrimas de emoción, que reafirman que tomé la mejor decisión al volver.

Entonces, el chamán me lleva hacia su rincón de siempre, a rezarme y a protegerme en esta nueva estadía de largo aliento en mi territorio, antes de volver a comerme ese caldo con carne de monte, pescado moqueado y casabe que está preparando mamá por mi regreso.



